

Domingo XIX del Tiempo Ordinario (09-08-26)

Homilía del cardenal Carlos Castillo

(Transcripción)

En todo este año estamos siguiendo a Jesús dentro de la narración hecha por Mateo. Y un tema muy importante para Mateo es cómo creen los discípulos. El Señor los convocó y Jesús se preocupa por cómo está afianzándose y desarrollándose su fe. ¿Por qué razón? Porque ellos vienen de la fe hebrea del tiempo del Templo de Jerusalén. Templo dominado por sacerdotes bajo el Imperio Romano, en donde muchas costumbres se habían puesto en cierta sintonía y hasta complicidad con el Imperio Romano, de tal manera que era una fe que tenía sus problemas y, sin duda, esto repercute en los discípulos.

La educación que Jesús va haciendo a sus discípulos en ese camino es una educación muy profunda, porque se trata de educarse en una fe que es **fidelidad**. “Fidelidad” significa que somos fieles, somos personas que entramos en una relación de intimidad con Dios y confiamos el uno en el otro. Confiamos también como cristianos los unos en los otros, por eso nos llaman también “los fieles”. Y, a veces, no somos tan fieles ¿no es cierto? Porque la infidelidad es un peligro permanente, muchas veces no solamente debido a nosotros que a veces tenemos una tentación de ser infiel y, entonces, somos un poco especiales para poner condiciones o qué sé yo; sino también porque muchas cosas nos vienen por costumbre, que no siempre da prioridad a la relación sino a lo que ya hemos hecho siempre. Y la costumbre no siempre es muy propia de una relación de fidelidad.

La relación de fidelidad se va llevando a lo largo de la vida con distintos problemas delante, y se aprende a ser fiel en distintas circunstancias. Eso nos pasa a veces, ¿no? Somos muy fieles a uno porque es nuestro amigo y nos ayuda, pero el día que no tiene con qué ayudarme, puedo tener la

tentaciones de ya no serle fiel a él, ya me separo... ¡peligro muy grande! Sobre todo, en esta sociedad en donde todo tiende a morarse con el ojo del interés.

Este evangelio (Mateo 14, 22-33) tiene algo de eso por una razón: Jesús ha compartido, ha mostrado confiadamente su ser a sus discípulos, viene de compartir el pan con la gente, eso que hemos llamado la “multiplicación” y que, más bien, es la compartición generosa del pan que alcanza para la comida de todos. Los discípulos saben perfectamente quién es Jesús, pero es curioso que, en este texto, ante el peligro, ante las asechanzas de la situación, del oleaje, del viento, los discípulos están viendo a Jesús y creen que es un fantasma.

Eso es un problema serio. Yo creo que difícilmente ustedes a un amigo tan cercano lo confundirían con un fantasma. Nos puede pasar, ciertamente, pero es muy difícil. Qué cosa puede determinar que, en esta relación tan íntima que habían tenido en todo el camino (evidentemente, Jesús todavía no ha muerto en la cruz ni resucitado), que es el camino pleno que Jesús sigue para adentrarse en el corazón de ellos, pero ya es bastante camino. y suficiente como para no ser confundido. ¿Qué cosa es lo que pasa en la trama de los discípulos? Pensamos que, evidentemente, la situación peligrosa del oleaje puede haber contribuido a ello, el miedo, por ejemplo, que son cosas que realmente nos pueden pasar. Sin embargo, hay una palabra de Jesús que les dice y que, a mi parecer, está un poco mal traducida y que conviene que le expliquemos:

Cuando Pedro le dice a Jesús: “Si eres tú realmente, hazme caminar y yo, ires hacia ti”, le pone como una especie de condición para creer en Él. Y Jesús lo permite, lo hace caminar, y Pedro también camina sobre el agua, pero por un viento le entra el miedo otra vez y se hunde. ¿Cuál es la causa del hundimiento? ¿El miedo o la condición que le puso

a Jesús para creer en Él? No sabemos bien exactamente. Cuando Jesús le dice, en castellano, “hombre de poca fe”, ¿por que has dudado?. Pensamos que es un tema de tener más miedo al viento y, entonces, pedro se hunde. Pero la palabra “hombre de poca fe” que le dice en el texto es muy interesante. Esta palabra en griego se dice “oligopiste” y porque solo existe cinco veces en el Nuevo Testamento, donde cuatro están en Mateo y una en Lucas.

En otros pasajes de Mateo y de Marcos Jesús se sorprende de la falta de fe, “¿es que no tienen fe?”. Eso se dice “*apistía*”. “*Pistis*” (πίστις) es “fe” y “a” es “no”. “No fe”. Pero acá dice hoy “hombre de poca fe”. ¿Por qué? Porque la palabra es otra. Puedo decirles en griego: “*Pistis*” es “fe”; y “poco” es “oligo”. “oligo-piste”. Oligo, es por ejemplo una comida poco grasienta “oligo graso”, para que no vayan a engordar mucho, o sea, bajo en grasas o una comida poca de grasas.

Lo que pasa es que a la hora de traducir se ha colocado “poca fe”, pero, cuando nosotros estudiamos un poquito más, vemos que, cuando usamos *oligopolio*, por ejemplo, no estamos diciendo “poco negocio”, sino “negocio de pocos”. El oligopolio es negocio hecho por pocos. Y, cuando decimos, “oligarquía”, no decimos “poco gobierno”, decimos “gobierno de pocos”.

Entonces, ¿por qué a *oligopistía* u *oligopistos*? En este caso, a Pedro le dice *oligopiste* (que es el singular del adjetivo *ὀλιγόπιστος*). ¿Por que en vez de decir “poca fe” no traducimos “fe de los pocos”.

Ese es un tema que hay que discutir todavía, está en estudio en la Iglesia en el momento de traducir, pero es muy probable que Jesús se refiera a que la actitud de Pedro es muy similar a la de “los pocos que gobernaban el templo” de Israel, que habían difundido su manera de creer y que habían contagiado y difundido entre la gente.

Nosotros tenemos una tendencia similar, a veces, en la fe que esta condicionada por ciertas costumbres: “Yo te prendo velitas y tú, entonces, Señor, me haces un favor”. Es como ese canto que se hacía en los años 60: “Tengo a San Antonio puesto de cabeza. No me encuentran novio, ya no me interesa”. Los mayores se acuerdan. Bueno, eso es condicionar la fe, porque da la impresión de un negocio. Y, entonces, Pedro está de alguna manera condicionándolo: “Si tú me haces caminar por el mar, entonces, yo creo en ti y ya creo que no eres un fantasma”.

Este es un residuo de la fe de los sacerdotes de Israel que habían puesto cientos de condiciones para creer en Dios porque, de lo contrario, la gente se condenaba. Holocaustos y sacrificios de machos cabrio y carneros, de vacas, y todo para ganar plata en el Templo de Jerusalén. Y si no los hacías... “al infierno”. Y, entonces, todo el mundo, como loco, iba a hacer su sacrificio para “ganarse” el favor de Dios. Y el gran problema para los pobres era encontrar dinero para las reses que había que sacrificar.

Esta “**religión de los pocos**”, de la élite, de ese residuo de personas que concentran el poder religioso, como también lo hemos visto en los casos en donde se concentran los poderes sociales, políticos, culturales, se apropian y luego la exportan e introducen en las personas la desconfianza y las condiciones. Es, en el fondo, el negocio en la experiencia religiosa. Y hoy día el Señor dice a Pedro: “*oligopiste*”, es decir, por qué has dudado; le está diciendo: “admirador de la fe interesada de esos que gobiernan el templo, ¿por qué has dudado?” “¿Por qué estás enredado en ese pensamiento, en esa manera de creer?” Porque necesitas poner a prueba mi palabra, y condicionas tu confianza, acaso no me conoces? , es decir por que no confias como mi amigo. Es absolutamente falta de gratuidad.

Si hay una palabra preciosa de nuestra fe, es que **Dios nos ama gratuitamente** y no nos pone condiciones. Por eso entregó a su Hijo como un regalo generoso de su amor a todos los humanos y, por eso, como dijo preciosamente el Papa Francisco, “Jesus está clavado en la Cruz no por la fuerza de los clavos, sino por su infinita misericordia”; es decir, por su infinito don generoso. Dios nos ama a todos. Ya la semana pasada, veíamos ese texto de Isaías: *“Aunque tu padre y tu madre te abandonaran, yo nunca te abandonaré”*. Somos sus hijos y Dios nos ama gratuitamente a todos, inclusive, a los peores delincuentes y sinvergüenzas de este mundo.

Lo que pasa es que uno puede autoexcluirse, eso sí. Puede decirle: “Yo no quiero recibirte y yo hago lo que me da la gana”. Bueno, aun así, el Señor siempre lo busca porque todos estamos en un proceso de conversión. Es una fe de relación íntima con alguien que nos ama y nunca nos puede procurar ni desear siquiera la condenación. Es verdad que se emplean en los textos bíblicos cosas como una especie de amenazas. Todas esas se han metido por esa mentalidad de los que corrigieron la Biblia - especialmente del Antiguo Testamento -, y que ha quedado porque esa sí no la podemos corregir, porque la aceptamos. Pero se ve que ese pensamiento ha ido cambiando, en el sentido original del Dios que nos ama. Y en Jesús es clarísimo, incluso en el juicio final donde hay unos que pueden irse al fuego eterno, es por su decisión. “... porque tuve hambre y no me dieron de comer”, es decir, se autoexcluyeron y se la perdieron. El Señor los llamó, los llama a todos, pero uno se puede autoexcluir. Qué terrible que uno se autoexcluya de algo tan precioso.

Por eso, hoy día, nosotros nos vamos reflexionando en una cosa importante que nos quede como huella para seguir adelante: no creamos en cada cosa que nos dicen, sobre

todo cuando nos digan que el Señor, por ejemplo, nos va a condenar. Recuerden que el Señor perdona y ama a todos quiere siempre nuestro bien y nuestra salvación. A partir de eso, tomémonos en serio que Dios nos ama gratuitamente, y aprendamos nosotros a ser gratuitos como el Señor lo es y a confiar en el y en el camino de amor.

Y esto implica, sobre todo, encontrar al Señor en los momentos más difíciles, en donde tenemos, inclusive, una serie de dudas, tentaciones y problemas, pero afianzamos nuestra fe y creemos a pesar de todo, porque es una relación íntima que vive en nosotros y siempre nos invita a confiar a pesar de todo.

Y uno no puede rechazar una relación íntima simplemente porque no le conviene o porque quisiera conseguir una cosa y no la consiguió. El amor gratuito es como el amor de la madre, como el amor del padre; y nosotros como hijos y como hermanos estamos llamados a eso: a gratuitamente responderles y comprendernos y ayudarnos.

¿Qué ejemplo mejor puede haber para esto en nuestro país en esta situación que estamos viviendo? Simplemente aprender a que, si somos hijos y somos hermanos, la tarea nuestra todos los días es tratar de comprender lo grande y bello que tenemos delante de nosotros, y no empezar con mis prejuicios o mis sentimientos complicados. ¿Por qué? Porque, quien ama a Dios a quien no ve y no ama al hermano a quien ve, miente; porque Dios está en la gente. Jesús está en el menesteroso, en el pobre, en el que tiene dificultades, en el que tiene problemas. El rostro del Señor está caminando por las calles, en los sufrimientos cotidianos, en el llanto de un amigo porque perdió a su mamá, allí está Dios actuando, y nosotros podemos abrir el corazón.

¿Cómo entonces encontramos a Dios? **Rastreándolo**, porque Dios es encarnado en Jesús y lo ha repartido en

todos nosotros. Todos tenemos que observar lo de Dios que hay en las situaciones, en los problemas y en las personas. Y eso nos lleva a una cosa muy interesante: a hermanarnos más y a salir del entrampamiento peruano, de *cholearnos*, *negrarnos*, *gringuearnos*, *chinearnos*, que toda la vida estamos en ese plan, y así salimos de este enredo. Y, para eso, necesitamos apreciar y no despreciar. En ese sentido, no ver “fantasmas”, sino ver a Jesús en todo. Esa es la gran tarea que tenemos.

Por eso, les voy a indicar ahora una cosa que vamos a comenzar desde esta semana: en todas las misas tendremos en cuenta algún texto del Papa León XIV. Muchos me han preguntado cómo vamos a preparar la venida del Papa León XIV. Bueno, hay varias maneras, siempre es con obras y con servicio, porque el papa viene en nombre del Señor anunciándolo; pero también leyendo las cosas que como Papa ha escrito.

Vamos a empezar por este texto que es una maravilla: *Dilexit Te*. El Papa Francisco había escrito una similar que se llamaba *Dilexit Nos*. Los dos son sobre el amor a los más pobres de nuestro mundo y nuestra patria. “*Te he amado*”, significa.

El Papa Francisco escribió “*Los he amado*”, acá es “*Te he amado*”, y siempre plantea el amor gratuito a cada uno de nosotros y, especialmente, a los pobres siguiendo esa preciosa frase que generó uno de los grandes peruanos sacerdotes que vivió con nosotros, el Padre Gustavo Gutiérrez, y que dio la vuelta al mundo: La Iglesia hace solemnemente ***la opción preferencial por los pobres porque son los amados de Dios, los últimos, los que no cuentan***. Allí está el rostro de Dios. Y no nos confundamos porque no es un fantasma. Cuando se trata de los pobres, siempre es el Señor.

Y, por eso, la primera tarea es aprender a reconocerlo entre todos, pero, especialmente, entre los más humildes y pobres de nuestra patria, que son los que están sufriendo todos los enredos que ha habido en estos años para poder salir adelante y amarnos de verdad.

Que Dios los bendiga y que no dudemos, ni tampoco pongamos “trampitas”. Hagamos lo que el Señor nos dice, confiándonos en Él. Que Dios los bendiga y los proteja siempre y ya al final de la misa le daré un parrafito y lo haremos en varias que vienen en el futuro.

Por si acaso, se van a publicar todos los documentos del Santo Padre en la página web del Arzobispado de Lima. Y haremos una página especial que será sobre el viaje del Papa, en donde estarán todos los documentos para que ustedes puedan bajarlos, leerlos y compartirlos, y así prepararse. Que Dios los bendiga y los proteja.

Amén

Bendición final: Cita sobre *Dilexit Te*

Sobre los movimientos populares

80. Debemos reconocer también que, a lo largo de la historia cristiana, la ayuda a los pobres y la lucha por sus derechos no han implicado sólo a los individuos, a algunas familias, a las instituciones o a las comunidades religiosas. Han existido, y existen, varios movimientos populares, integrados por laicos y guiados por líderes populares, muchas veces bajo sospecha o incluso perseguidos. Me refiero a un «conjunto de personas que no caminan como individuos sino como el entramado de una comunidad de todos y para todos, que no puede dejar que los más pobres y débiles se queden atrás. [...] Los líderes populares, entonces, son

aquellos que tienen la capacidad de incorporar a todos. [...] No les tienen asco ni miedo a los jóvenes lastimados y crucificados».

81. Estos líderes populares saben que la solidaridad «también es luchar contra las causas estructurales de la pobreza, la desigualdad, la falta de trabajo, la tierra y la vivienda, la negación de los derechos sociales y laborales. Es enfrentar los destructores efectos del imperio del dinero [...]. La solidaridad, entendida en su sentido más hondo, es un modo de hacer historia y eso es lo que hacen los movimientos populares». Por esta razón, cuando las distintas instituciones piensan en las necesidades de los pobres se requiere «que incluyan a los movimientos populares y animen las estructuras de gobierno locales, nacionales e internacionales con ese torrente de energía moral que surge de la incorporación de los excluidos en la construcción del destino común». Los movimientos populares, efectivamente, nos invitan a superar «esa idea de las políticas sociales concebidas como una política hacia los pobres pero nunca con los pobres, nunca de los pobres y mucho menos inserta en un proyecto que reunifique a los pueblos». Si los políticos y los profesionales no los escuchan, «la democracia se atrofia, se convierte en un nominalismo, una formalidad, pierde representatividad, se va desencarnando porque deja afuera al pueblo en su lucha cotidiana por la dignidad, en la construcción de su destino». Lo mismo se debe decir de las instituciones de la Iglesia.